

Por qué leo revistas

José Andrés GALLEGO

La verdad es que la invitación de *Asnabi* a escribir unas páginas sobre mi propia trayectoria profesional me produce, de entrada, una sensación de pudor que no es fácil reprimir ni —sobre todo— encauzar. Ya saben ustedes que, según la escritura sacra de los israelíes —que, por lo demás, es la nuestra—, la primera manifestación histórica de pudor de que tenemos noticia fue la vergüenza que sintieron Eva y Adán al verse desnudos. Por lo visto, nunca se habían fijado en que andaban así.

Si a eso le añaden que se les abrieron los ojos —de ese modo y en ese asunto— cuando optaron por discernir entre el bien y el mal, en vez de dejarse llevar de la mano de Dios, comprenderán ustedes que lo que voy a decirles podría fácilmente derivar hacia un tratado antropológico de mucho mayor interés que lo de mi trayectoria profesional. Resulta que mi propio pudor —el de este momento— tiene que ver con la necesidad de discernir entre el bien y el mal. Digo necesidad porque, hecha la opción, ya no tiene remedio, como saben todos ustedes perfectamente (dado que en esa circunstancia nos hallamos).

Esa relación misteriosa entre el discernimiento y el pudor es una de las razones por las que, en los últimos años, he centrado mi investigación —en parte— en el judaísmo targúmico de los tiempos de Jesucristo. Se trata de saber —en lo posible— cómo entendían esas cosas de la escritura aquellas gentes.

71

Lo que acabo de confesar es la primera experiencia que querría compartir con ustedes: cómo puede ocurrir que un historiador de lo “contemporáneo” —uno de cuyos últimos libros, además, se titula *Navarra, siglo xx* (2003)— se decida a historiar el judaísmo targúmico palestino de comienzos de nuestra era. A los historiadores —igual que a muchas otras gentes de profesión reconocida— se nos asignan títulos que implican una “especialización” concreta y conllevan una suerte de convención social que nos obliga y encorseta. Unos los son “de Historia Antigua”, otros de la “Contemporánea”; los hay de la “Prehistoria” y demás. A mí me tocó ser de lo segundo —de “Contemporánea”— y se supone que tengo que esforzarme en saber —cuanto más, mejor— del siglo xix para acá; cosa que mal se compadece —no hace falta que me lo digan— con llevar a cabo un estudio sobre antropología bíblica, que es, al cabo, lo que hay detrás de aquello.

Podría demostrarles que, en rigor, no es así. Me bastaría recordar que la exégesis bíblica ha sufrido una de las principales transformaciones en los dos siglos últimos; que las consecuencias de esas transformaciones no se han ceñido a los expertos. Algunas salen incluso en los periódicos y otras en los sermones que escuchamos cuando vamos a misa (si es que vamos). Pregúntenle a un teólogo de la liberación si influye en el presente o no, lo de la exégesis. No puede ser más propio de lo “Contemporáneo”, por lo tanto, preguntarse qué ha sucedido e

incluso qué podría suceder si, por ejemplo, pone alguien en relación el origen de los establecimientos bancarios que hay hoy día en Navarra (para lo cual nos bastaría remontarnos al siglo XIX, pura “contemporaneidad”), examinar sus actitudes ante la crisis que sufrimos del año 2008 en adelante y relacionarlo con el discernimiento entre el bien y el mal y —esto— con el pudor.

No me pidan que se lo explique.

Es la segunda experiencia que querría compartir con ustedes: todo —realmente todos y todo (que ha sido, es y será)— está relacionado. Interrelacionado, precisaría si ustedes lo permiten. Y hacen falta personas que aclaren esa interrelación en la medida (escasa, ya lo sé) en que es posible. Hay historiadores que dedican su vida a un solo personaje (piensen en el gran Tellechea y el navarro Carranza, por ejemplo¹) y otros que nos dejamos llevar —a idea— hacia otras puertas que nos abren a horizontes muy diferentes, por más que no dejemos que se cierre ninguna de las que ya se abrieron.

Estoy dispuesto a transigir con que alguien diga que es verdad; que siempre ha habido trabajadores ejemplares y culos de mal asiento y que acabo de describir a un ejemplar del segundo grupo. Pero, en mi defensa, diré que los estudios multidisciplinares requieren amoldarse a sillas y sillones de muy distinta forma e incluso permanecer en pie sistemáticamente.

Ahora les digo cómo surgió el problema en mi caso (digo el de verme obligado a quedarme de pie). Podría ser la tercera experiencia a compartir.

72

Uno de los buenos consejos que recibí del segundo de mis maestros —porque tuve más de uno— fue que leyera revistas especializadas. (Ya saben: esos volúmenes que cuentan por algunos cientos las páginas y donde se reúnen autores muy diversos, temas heterogéneos y críticas de libros. Piensen en *Príncipe de Viana* o en *Fontes linguae Vasconum*, si se quieren quedar en casa). Y me explicó —digo el maestro— por qué: quienes dedican años a investigaciones valiosas —me dijo— suelen adelantar los resultados en ese tipo de revistas y, de esa forma, las convierten en una introducción suficiente para saber si a uno le merece la pena seguir a ese estudioso y leer el libro futuro.

Le hice caso y quedé pasmado. Había seleccionado cinco de esas publicaciones periódicas después de cerciorarme de que fueran las principales del mundo. Y, por fortuna, acerté. Lo que no había previsto era el alcance de lo que iba a descubrir. Me bastó zambullirme en el primer volumen de una de esas revistas para tomar conciencia —y primeriza únicamente— de lo inconmensurable de mi propia ignorancia.

Eso podrá sonar a humildad, falsa o cierta. Y no quiero ocultar que me dejarían muy satisfecho con esa generosa deducción con tal que recordaran lo que aseguran los ascetas: que la humildad consiste simplemente en (nada menos que) reconocer la verdad sobre uno mismo. Para que salgan de dudas sobre mi mal talante, compensaré la declaración de ignorancia que

1. La bibliografía de José Ignacio Tellechea Idígoras sobre el arzobispo navarro es amplísima. El último que recuerdo es *El arzobispo Carranzas: “Tiempos recios”*, Salamanca, Universidad Pontificia, 2003, 2 volúmenes.

acabo de hacer con la pública confesión de que, hoy, sigo de forma casi sistemática (gracias sean dadas a Internet) cerca de medio millar de revistas y que hago eso como directa consecuencia de aquel asombro que sentí hace la friolera de medio siglo.

En las revistas especializadas no encontré solamente aquellos adelantos de investigaciones de fuste, sino que comprobé que la mayoría de los historiadores comenzaba la exposición con un estado de la cuestión más o menos conciso, pero suficiente para enterarle a uno de que aquello —precisamente aquello— era objeto de discusión importantísima desde hacía unos cuantos años, por más que los manuales continuaran (y continúen) presentando la historia como un saber establecido.

Podía correr el curso 1962-1963 y uno ignoraba, por ejemplo, la controversia que acaba de provocar Fritz Fischer (1961) con su tesis sobre el origen de la primera guerra mundial; no podía conocer las reservas que empezaba a engendrar Morineau sobre la relación entre “revolución demográfica”, “revolución agrícola” y “revolución industrial” e incluso la existencia de las dos primeras (y aún no habían llegado a concluir que la “revolución científica” del siglo XVII no ha tenido aún lugar, y eso que han corrido otros cuatro siglos). En cuanto a lo de la “economía moral” de Thompson —cuando llegara (1971)—, fue como descubrir un océano (aunque fuese mediterráneo en puridad).

Y que nadie me preguntara —hasta el momento en que lo supe— qué era la dendrocronología ni si existía siquiera una historia del clima.

Por razones de espacio y tiempo, no pongo más ejemplos de la infinidad de debates cuya existencia descubrí. Bastan los dichos para explicar lo que sentí inmediatamente: no fue tan solo constatar la existencia de esos —muchísimos— núcleos de discusión que se mencionaban, al paso, en las primeras páginas de cada artículo, ni comprender la inagotable bibliografía que se sumaba detrás de ellos. Lo grave fue tomar conciencia de que eso me ocurría en aquel momento, con el último número de las cinco revistas elegidas, algunas de las cuales se acercaban al siglo de existencia y, por lo tanto, si admitía que, en cada uno de sus volúmenes, me podía enterar, al menos, de dos o tres debates de los que no tenía ni idea, no quedaba sino multiplicar para medir la magnitud de mi ignorancia.

Hice un esfuerzo sobrehumano —ciclópeo para mí—: cien años eran muchos; pero diez, no. Así que me metí entre pecho y espalda los cincuenta que reunía aquel quinteto de revistas, a diez años por barba.

Después de algunos meses, al acabar, sabía mucho más lo que ignoraba.

Sí, así como suena: sabía mucho más lo que ignoraba. Pero no se apresuren. En esa frase paradójica, se encierra una experiencia —quinta en estas palabras— que tiene siglos: sabemos más —porque se averigua más— cuanto más preguntas se hace uno. Y se hace uno más preguntas cuanto más sabe, y eso porque el saber consiste —también— en ser consciente de que ignoramos más cosas. Paradoja que ya advirtió Aristóteles y en la que no valdría la pena detenerse un instante si no es para decir que eso tiene que ver con la interrelación que se da —siempre y en todos— entre los más diversos aspectos de la vida.

Al llegar a ese punto, uno tuvo que optar por saber mucho de algo muy concreto o poco de algo muy extenso. Y era una opción que no admite teorías. Quien mucho abarca, poco aprieta, está claro. Pero también lo está que cada uno cuenta la fiesta según le va. Y le va —en parte— en función de sus propias condiciones. No tardé en comprobar (más que diez años, hacia 1971) que mi rendimiento decaía notablemente a las dos horas de trabajar en un mismo asunto. Me bastaba contar las líneas que había escrito —si se trataba de escribir— antes y después de ese tiempo. Así que me apliqué una receta muy lógica y sencilla: a las dos horas, cambiaría de tema y, otras horas después, lo mismo.

Es importante lo que acabo de contar porque, probablemente, a usted no le ocurre eso. Le ocurrirá, sin embargo, otra cosa —la que sea— y lo importante es que lo descubra y resuelva. Somos tan distintos que, entre los dos extremos —saber mucho de algo concreto o poco de algo muy extenso—, hay multitud de combinaciones posibles. Puede uno incluso proponerse saber de todo (lo que pueda servirle para orientar la propia vida —y miren que es compleja y variopinta—) y, al mismo tiempo, ceñirse a uno o dos temas en los que ahondar cuanto se pueda. Mi cabeza, debidamente puesta a prueba en cincuenta años, me dice que es mejor que ahonde en dos asuntos muy concretos —exactamente dos (hasta acabar con ellos y comenzar con otros)— y que dedique el mismo tiempo a dejarme asombrar por lo que no sabía hasta ese instante. Los dos temas primero son de investigación propiamente dicha; los segundos, de lectura y de síntesis. En estos años, en concreto, el segundo tema prioritario en mi investigación es la vida de Rovirosa (y claro está que no me piden que la cuente y les diga por qué me importa²).

74

Rovirosa no era judío targúmico palestino de comienzos de nuestra era, sino catalán de Villanueva y Geltrú. Pero comprendan que la opción es cosa mía (aunque no, por necesidad, sea ocurrencia mía). Lo importante de esa sexta experiencia es que consiste en conocer la propia horma en la que uno mismo puede entrar. Puede influir incluso la presión arterial.

Y no se hagan ilusiones. De lo que he dicho de las cuatro horas de investigación y de las dos de estudio, hace ya muchos años. Ahora me canso mucho antes.

Pero también he podido resolverlo: echo a andar.

Exactamente eso: a andar (físicamente). Si puedo, por el monte.

Me dirán, claro, que eso ya es ocio —por muy legítimo que sea— y aquí hablamos de profesión. Se equivocan. Durante las horas de despacho, biblioteca o archivo, suelen venirme a la cabeza —como a usted— cosas que tengo que escribir y que requieren concentración —esfuerzo por lo tanto— y tiempo. Pues bien, lo anoto; hago un esquema primerizo si es posible y, en el monte o en una cinta de gimnasio, armado de una grabadora, me cuento a mí mismo la historia. No hay más problema en esa práctica que lo que puedan pensar los demás

2. Sigue en pie la biografía de Xavier García, *Rovirosa: Comunitarisme integral: La revolució cristiana dintre el poble*, Barcelona, Editorial Pòrtic, 1977, 703 pp.

montañeros con quienes me tropiezo a veces y oyen que alguien habla solo en voz alta y, además, pone “puntos” y “comas” en lo que dice, como si estuviese dictando.

En cuanto a la sorpresa que puede suscitarse en un gimnasio, mejor, eviten la experiencia y procuren ceñirse al monte.

Por si acaso lo dicho anteriormente solo sirve para que alguien sonría, permítanme mirar en el currículum —donde constan las cosas que publico— y preguntarme, de todo ello, qué es lo que ya ha salido del monte (o de la grabación caminera, allí donde se dé).

(Pausa para buscarlo).

Lo más sensato es que me ciña a lo editado en 2010: suma doscientas páginas y va desde “La función de la plaza, en la historia” (en *La Plaza Mayor de Las Palmas de Gran Canaria y las Plazas Mayores americanas*, Las Palmas, Fundación Guanarteme, 2010, pp. 33-78) a un ensayo “Sobre el fondo epistemológico de la preocupación por la identidad en Latinoamérica”³.

La séptima experiencia se sigue de la combinación entre la sexta (la de conocer la cabeza propia) y lo que he dicho antes sobre la progresión de la conciencia de ignorar. Si esa conciencia crece —y ya lo creo que crece—, implica que aquel tiempo que uno dedica a dejarse asombrar por lo que ignora —el de lectura, síntesis y estudio— consiste, en gran medida, en dejar que se abran ante uno puertas cuya existencia apenas conocía o desconocía completamente. Entiendo, aquí, por “puerta” cualquier forma de acceso a una nueva fuente de información. Si, en la Fundación Guanarteme, me piden que les ayude a montar un coloquio sobre la relación morfológica entre la plaza mayor de Las Palmas y las plazas mayores del otro lado del Atlántico y me convence el interés posible del asunto, procuro decirles que sí —condición capital (que requiere una predisposición no menos básica, por más que sea la propia de cualquier persona dispuesta a echar una mano, en lo que sea)— y eso me fuerza a preguntarme —si es que no lo sé ya— quién sabe realmente de ese tema. La puerta consiguiente, se abre.

Y se abre, además, en muchos sentidos; tantos, que se sirve, en rigor, de otras puertas que ya estaban abiertas. Conocí al historiador arquitecto Ramón Gutiérrez hace cosa de veinte años y sabía que él era la persona adecuada para asesorar y participar en una reunión sobre historia del urbanismo hispanoamericano.

Pero, además, pensaba que —a lo mejor— la presencia de mi ignorancia no era ociosa —en ese coloquio— con tal que me ocupase de leer lo elemental para esperar que fecundase —si es que es capaz de fecundar— lo que ya sé.

Y, en efecto, entendí que la plaza mayor —y el hecho de que haya en ella una fuente y que se intente rodear de soportales— es un invento histórico que tiene que ver con la comunicación humana, la conversación, el intercambio y —también— la presencia de símbolos, si —como ocurre en las plazas mayores hispanas— abundan las que reúnen —además— el

3. *Tierra Firme* (Caracas), núm. 103 (2010).

ayuntamiento y la iglesia (y, en los casos más importantes, la audiencia y el palacio del gobernador).

De eso ya, sí que cualquier historiador puede decir bastantes cosas.

Con tal que reúna la información debida, claro.

Y eso nos fuerza a retornar al punto de partida: el de las revistas especializadas. Allí es donde encontré —junto a los libros— estudios de detalle sobre historia del urbanismo que podía reinterpretar con mi equipaje de ignorancias.

Es la octava experiencia: concretamente, la que explica lo que dije antes; que, en el día de hoy, el número de revistas especializadas que sigo casi sistemáticamente se ha multiplicado por cien y se acerca al medio millar.

No se asombren: si dividen quinientas entre cincuenta años, solo tocan a diez nuevas por año.

No es que haya ocurrido así. Quiero decir que ése y solo ése es el alcance (real) del asunto.

Internet permite el milagro. También el sosiego. Cuando la información se convierte en embudo que ahoga el flujo del saber (y, por lo tanto, el del ignorar), uno “pincha” en “Eliminar” y basta.

76

Resultados: unos quince ficheros de aquellos de cartón piedra y color verde llenos de fichas del tamaño de una media octavilla; una base informática de registros bibliográficos —continuación de los ficheros— en la que leo que hay 39.696 entradas 17.213 de las cuales corresponden a documentos que tengo almacenados (y que van de libros enteros a la página de un periódico).

Sigan —se lo suplico— sin asombrarse. Es un asunto de hábito ahorrativo: semejante al que intentaron inculcarnos de niños cuando nos regalaron aquella hucha de barro que se rompió mucho antes de llenarse de ochenas. Si multiplican cincuenta años por 365 días, verán que los 18.250 días que resultan tocan tan solo a un registro bibliográfico por día. Quiere decir que, por término medio, cada día he leído algo —largo o corto o cortísimo— que me ha llamado la atención.

Exactamente igual que le sucede a usted. La diferencia —si la hay— es que uno lo apunta, lo ficha y lo conserva.

Hace unos años calculé que andaba por encima de las 250.000 páginas, o sea trece al día: únicamente 13.

¡Usted puede también!, podría ser un buen eslogan de esta octava experiencia.

Que pone de relieve otra más —la novena— y es que el saber y el ignorar se han de aceptar como algo —en parte— aleatorio. ¿Por qué esas quinientas revistas y no otras, de los millares que se publican en el mundo? Sencillamente, porque han llegado a mí y he percibido su interés. Forman parte de la apertura al asombro. Con frecuencia, la búsqueda de un artículo concreto en una revista que ni siquiera conocía me la descubre como algo que me puede interesar en adelante y pasa a formar parte del elenco. El estudio de Mikel Azurmendi sobre el ADN

de los vascos y el hecho de que incluyese a los navarros como *Oriental Basks* me descubrieron el mediterráneo del *American journal of physical anthropology*. Eso sí, equivale a decir que no me conformé con la extensa reseña de la rueda de prensa que convocó el antropólogo y publicaron probablemente todos los diarios de la Comunidad Autónoma Vasca y de Navarra. Azurmendi anunció que las conclusiones se publicaban en la mejor revista especializada del mundo y a ella me fui (vía Internet). Vi —como suelo hacer— los demás artículos del volumen en el que se publicó su estudio; busqué —en la misma revista— otros que me sirvieran para completar la información y comparar resultados y métodos con el País Vasco francés y la Gascuña y concluí que, en adelante, no debería perder de vista el *American journal of physical anthropology*.

La experiencia de lo aleatorio del caso tiene serias implicaciones. No es un problema de curiosidad (solo), sino de criterio profesional. Tiene que ver con lo que antes señalaba: no está en mi mano verlo todo, ni —por lo tanto— saberlo todo, ni —en consecuencia— saber siquiera todo lo que ignoro. Así que me conformo con la rueda de la fortuna y la maternidad de la providencia.

¿Que cómo se concreta esa apertura a quinientas revistas? Es muy fácil; experiencia número 11: abro ahora mismo la cuenta de correo electrónico y veo que están pendientes de revisión el número 6 de *Documentos ocasionales* del Banco de España, el 203 de *Spiritus*, el 63 de *Humanitas*, el 2 de *Sociedad y equidad*, el 196 y el 197 de *Desarrollo y equidad*.

Y luego están las *güebes* que llegan saturadas de inteligentes “peipærs”... Y veo que, de la Biblioteca, me avisan que han localizado “The formation of modern concepts of civilization and culture...” en la China, pero que cuesta 18,38 y que si quiero que lo pidan a pesar de todo.

77

Entre las últimas incorporaciones al almacén, también encuentro una noticia sobre la catástrofe que provocó en la Ribera la riada de 1959. Ya les dije que las puertas que se abren no se suelen cerrar jamás del todo. Nunca se sabe lo que la vida (escasa) que me queda me puede deparar.

Esa (duodécima) experiencia se puede enunciar así: trato de conservar todo aquello de lo que pienso —con el criterio más realista— que pueda servirme alguna vez para algo.

¿Implica dispersión? No; es pura obediencia a un consejo de aquel maestro mío que he citado (y no designo por el respeto que le tengo): me dijo que, siempre que encontrase un dato que no tuviera que ver con lo que investigaba pero del que pensaba que podía servirme alguna vez, hiciera eso: lo anotara con el mayor detalle. Ya he puesto por escrito alguna vez que recuerdo muy bien cuál fue el primero que me llamó la atención: estudiaba los debates parlamentarios españoles de finales del siglo XIX sobre lo divino y lo humano y me topé con la noticia del incendio de Garralda de 1898 que dio, en las Cortes españolas, el diputado por Aoiz, para pedir ayuda. Debí anotarlo hacia 1962-1963 y, al escribir la *Historia contemporánea de Navarra* (1982) y advertir la importancia de las catástrofes en la vida cotidiana de la gente durante siglos recordé que tenía aquello y que había llegado la hora de emplearlo.

Mi maestro tenía razón. Todo depende de las preguntas que uno se hace ante la realidad que se percibe cuando lee un escrito antiguo (lo mismo que si es nuevo o si, sencillamente, camina por el mundo con los ojos abiertos).

Decimotercera experiencia: ésa es —quizá— la clave (de un asunto que tiene, sin embargo, muchos arcos y, por lo mismo, muchas claves); la unidad que —necesariamente— requiere todo eso depende de la coherencia que haya entre los diversos aspectos de la vida propia. Así como suena. Uno no es historiador ahora y melómano luego. Es persona y ha de intentar dar coherencia a todo lo que hace. Es la mejor manera de que todo se beneficie de todo y, por lo tanto, puedan beneficiarse todos (con un poco de suerte y sin ninguna pretensión de convertir lo propio en panacea).

Ser historiador es un modo de ser persona igual que cualquier otro: es abrirse a la realidad para que —ella— se explique y se convierta así en pregunta que la fuerza a ella misma —a la realidad— a explicarnos más y me induce a mí a preguntarme qué debo hacer. Los filósofos dicen que es ahí donde nace la moral (que, por lo mismo, no se parece en nada a ley alguna ni a mandato; es pura consecuencia de la percepción de lo real como novedad).

Dicho de otra manera: tiene que haber un núcleo integrador de toda nuestra vida (y solo sirve el que descubra cada cual para sí mismo): justo una idea de la vida. Pero una idea de la vida; no —a mi juicio (o, mejor, en mi caso)— un proyecto. Me lo ha dictado la experiencia otra vez (la última). Se va mejor —ligero de equipaje— sin el peso de los proyectos. Es la mejor manera de conjurar el desaliento. Un catedrático navarro contó ante mí en cierta ocasión que uno de los alumnos que empezaban ese año la carrera le preguntó en la clase introductoria: “Y, al acabar, ¿saldremos colocados? ¿Encontraremos un puesto?” El catedrático le respondió: “En el cementerio, seguro”.